

masiado al moribundo un cirio de la Candelaria, que tan eficaz es á la hora de la muerte; y vimos á don Lorenzo que no bullía pie ni mano, agitar una de éstas, y le oímos decir vagamente algo que á mí se me figuró: "Oh, Dios, ya basta," aunque otros de los presentes dijeron que había sido: "no, no, se gasta."

15 de julio de 1900.

MORTAL POR ESENCIA

LOS bravucones seguían agrupados á la mesa del cafetín, refiriendo campañas y encareciendo proezas que no había más que oír: ni los soldados de Gonzalo de Córdova, ni los de Cortés, ni los propios Hércules y Teseo, habían ejecutado la mitad de las hazañas que aquellos valientes, postergados y en desgracia, á pesar de sus méritos.

Y en verdad que eran hermosas testas las de los tales: con grandes bigotes, frentes calvas y abovedadas, narices rectas, ojos en cuya expresión cabían todos los desdenes, todas las furias y todas las con-

cupiscencias, fieltros caídos hacia una oreja, voces de Esténtor, y tragaderas de Gargantúa, habrían figurado con honra en el *Cuadro de las lanzas*; pero no entre los holandeses de Nassau, tristes y hambrientos, sino entre los peninsulares de Espínola, lucios, satisfechos y provocativos.

Había de los dos campos: los unos ponían en las nubes la pericia de Miramón, junto á quien Napoleón Bonaparte, Moltke y el Sirdar Kitchener, eran unos niños de teta; los otros alababan sin medida á Degollado y á González Ortega, y todos se burlaban de los militarcitos de banqueteta, de los oficiales *de dedo* que ahora abundan sin que hayan salido jamás á la garita, ni sepan lo que es comer la *troncha*. Mutuamente se daban títulos de generales, brigadieres, coroneles ó por lo menos de capitanes, por más que hay noticia segura de que ninguno de ellos ha figurado en el escalafón del ejército, ni cuenta con más papeles que la fe de su bautismo y el acta de su matrimonio—si es que han sido bautizados y han legalizado sus contubernios con las tarascas que los cuidan. No

de otro modo, los criados de las novelas picarescas se llaman duques, condes y marqueses como sus amos.

—Mire usted, compañero, decía Salazar, que en la Estancia de las Vacas á mí se debió la salvación de don Santos. Mientras corrían por la derecha las tropas de Guanajuato y por la izquierda las de Zacatecas, yo pasé junto al General, que se retiraba acompañado de dos ayudantes. Aun ellos huyeron; y entonces, juzgando una cosa fea dejar á nuestro jefe, seguí con él hasta Celaya, á donde llegamos al tranco de nuestros caballos. A la sazón me dijo Degollado: “Salazar, usted es de los fieles” y me regaló su reloj, un magnífico Losada que perdí más tarde.

—Pues cuando ustedes, dijo Martínez, volaron el palacio de Guadalajara, nadie se acordó del señor General Miramón y del señor General Márquez, más que este sujeto que están viendo. Entre el humo de la pólvora, la caída de los escombros, los gritos de los heridos y la confusión de todos, yo guié á sus excelencias hasta el balcón, por donde se descolgaron.

—Pero si nadie voló el palacio, exclamó Ruiz.

—Pero si yo ví la mecha que iba de la mina al depósito de pólvora.

—Y ¿sabe usted que entonces se batía el cobre?

—Acuérdese usted de la Albarrada.

—Y de Silao.

—Y de Calpulálpam.

—Y entonces había dinero: con onzas recién acuñadas nos pagaba mi General Herrán á los del dos.

—Yo tenía un famoso caballo moro, llamado *La Culebra*, que era el animal más noble que he visto en mi vida: mil duros me daba por él el coronel del quinto.

—Para caballos allí estaba el *Relámpago*, que me salvó la vida el 24 de mayo.

—¡Ese cojo Uraga era bueno!

—Y ¿qué me dice usted de Woll? Valía lo que pesaba de oro.

—Entonces había gusto.

—Y bienestar.

—Y niñas bonitas.

—Y hombres *bragaos*.

—Ahora hay mucha matemática: que

geodesia, que balística, que castramentación. Yo no sé; pero nuestros generales no necesitaron para triunfar conocer lo que eran esas cosas.

—Pero dígales usted á los niños de las comisiones de esto y de lo otro, si se atreven á un *albaço*, ó si se deciden á ahorcar á un nuevo Piélagos.

—Qué han de atreverse; por eso la clerigalla está tan soliviantada.

—Qué bien vendría una cuartelada.

—Benditos sean los pronunciamientos.

—Y mire usted las armas que usan los valientes de ahora; (sacando un revólver Maüsser) á toda ley nuestras cápsulas, nuestras balas redondas y nuestra pólvora fina.

—Meta, meta, compañero, ese chisme; no sea que se dispare.

—Si el mecanismo es sencillísimo: va usted á verlo.

Y Garibay, que esto decía, movió un resorte, tocó un muelle y en seguida se oyó un ruido seco y duro: se había escapado un tiro del arma.

Se hizo el silencio en el corro.

Todos los fierabraces empezaron á palparse para saber si les había tocado el confitillo, cuando Ramos se levantó gritando:

—A mí, á mí me hirió Un padre, un médico Soy católico, por más que haya acompañado á Rojas y á Simón Gutiérrez Mis hijos, mis pobres hijos Mortal por esencia La herida es mortal

La cantina se despobló en un instante; un médico de esos que ocurren diariamente á tomar el aperitivo y á tomar lenguas de los sucesos notables, fué á prestar sus auxilios; pero imposible ver al herido: “se me salen los intestinos, se me escapa la vida, gritaba; siento aquí la sangre.”

Pero al fin triunfó el doctor. Después de minucioso examen, “no hay herida, dijo; la bala dió en el reloj de plata, una vieja cebolla que data de los tiempos del visitador Gálvez.”

—¿Y la sangre? preguntaron algunos.

—Pues la sangre, repuso el médico, que era gracioso y bien entendido, procede de la operación con que Gulliver apagaba los incendios en Lilibucia: el sustazo que pasó

el señor coronel, hizo que le aconteciera lo que á Sanchica cuando supo que la destinaba corales la señora Duquesa: se le fueron las aguas.

Hubo algunas risillas, contenidas por la presencia de los terribles militares; pero todo volvió de seguro á su estado ordinario, pues el mozo gritó con voz gutural:

—Tres *Pilsner*, un coñac champaña, un anisado y dos *aperitifs*.

16 de julio de 1900.